

A MI MARIA

Amor de mi alma, mi vida,
Culto de mi corazón,
Santa memoria escondida
En mi honda veneración,
De luz eterna circuída.

Vengo á implorar reverente
Un destello de luz pura,
Una gota de ternura
Que refresque el labio ardiente
Empapado en amargura.

No te requiebra mi canto
Que vil cruzó por la orgía
Rasgando tu regio manto;
Te habla la voz de mi llanto,
Escúchala, mi María.

Si obstinado enmudecí,
Sin confiar mi voz al viento,
Desde que tu luz perdí,
Es que como hora mi acento,
Lo hallaba indigno de tí.

De tí, esencia de mi ser,
Alma de mi corazón
Bajo forma de mujer;
Mi cielo, mi inspiración,
Mi santidad de placer.

Y no causa mi inquietud
Que mi mano entumecida
Resbale en el ataúd;
Es que le falta á mi vida
La aureola de tu virtud.

Es que en mi profundo duelo
Murió olvidado el hogar,
Do eras ángel de consuelo,
Y tu semblante mi cielo,
Y tus rodillas mi altar.

Es que en mi pecho no siento
Tu dulce faz, amor mío,
Y que en mi hondo desvarío
Te llamó, y en el vacío
Muere sin eco mi acento.

Hoy en mi cruda aflicción,
Cuando la borrasca impía
Destroza mi corazón,
Te me apareces, María,
Como celeste visión.

Surges divina en mi mente
Cual rayo de blanca aurora
En el tenebroso Oriente,
Y tienes, reina y señora,
Mi adoración reverente.

¿A donde está la terneza
Que era mi alivio y mi encanto
En mis horas de tristeza?
Do de tu alma la grandeza,
Mi escudo contra el quebranto?

¿Donde en la tranquila calma
Mis canciones amorosas
Cayendo al cristal de tu alma,
Como al pie de esbelta palma
Riegan pétalos las rosas?

En la ventura lucía
Tu amor tierno, y me calmaba
En la adversidad sombría;
Tu alma de luz me llenaba,
Y augusta resplandecía.

Cuán dulce era despertar
Tras sosegado dormir,
Y tu mirada encontrar,
Y verte, mi bien, sonreír,
Tu blanca mano al besar.

Oh! cuán dulce en el desvelo,
 Presa del intenso mal,
 Junto al lecho, con anhelo,
 Verte arcángel de consuelo
 Con ternura celestial.

Ser de mi ser, dulce abrigo
 De mis horas de amargura,
 Venga tu recuerdo amigo,
 Ya que estoy muerto contigo
 En tu misma sepultura.

Mi niña, mi amor, María,
 Ven de tu adorado en pos,
 Tu luz de cielo á mí envía.....
 Yo por tí conocí á Dios,
 Porque en tí resplandecía.

EL CORRENTE

A MI AMIGO ANDRÉS OSQUEGURA

Vuela iracundo, férvido, altanero,
 Vuela rugiendo, aterrador torrente,
 Vuela precipitándote tremendo,
 Y cuando tu corriente se derrumbe,
 A lo lejos retumbe
 De tus rápidas ondas el estruendo.
 ¡Salud! ¡salud! magnífico y terrible
 Rompes el dique, allanas la barrera,
 Tiembla el llano á tu voz, tiembla la sierra,
 Dócil te acata la fecunda tierra,
 Nada se opone á tu inmortal carrera;
 Invencible tu curso se abalanza
 Desde la cima del excelso monte,
 Y allá entonas tu cántico salvaje
 Que hórrido anuncia tu feroz pujanza;
 Ciego, soberbio, airado te desbocas
 Cual se desencadenan las pasiones;
 Gimes al azotarte entre las rocas;
 Te lanzas orgulloso al hondo abismo,
 Y siempre grande, siempre poderoso,
 Tu vista aterradora me extasía,
 Se engrandece al mirarte el alma mía.
 Vuela ¡oh, torrente! vuela en voz de trueno,
 Rompe en himnos de gloria y de grandeza,
 Alma fogosa del feraz desierto,
 Alabanza animada del Eterno,
 Fuente de inspiración, monarca augusto
 Que de la soledad se enseñorea,
 Siempre atrevido, rápido, robusto.
 Tú, de la juventud sublime emblema,
 Tipo de las pasiones irritadas:
 Tú, del desierto intrépido salvaje,

Voz de las rocas, vida del paisaje,
 ¡Siempre, siempre eres grande, prepondera
 Donde quiera tu vista encantadora!
 Ya entre las crestas de áspera montaña
 Te lanzas rebramando furibundo,
 Con giro incierto derribando peñas,
 Rodando trozos de macizo hielo,
 Envuelto entre celajes y entre bruma,
 Y dejando en los picos de las rocas
 Frágiles copos de argentada espuma.

Brilla apacible en el inmenso cielo
 Entre celajes cándidos la luna;
 Tal entre la esperanza de consuelo
 Nos sonríe propicia la fortuna.
 Grata la noche está, dulces las flores,
 La ala del aura llena de fragancia,
 Mansa respira en su cristal la fuente,
 Blando susurra el viento
 En las ramas del árbol corpulento,
 Y en muelle calma y en deleite blando,
 Inconstante retrata la laguna
 Las nubes plateadas por la luna
 Que van en el espacio revolando.

No hay mundo, no hay desierto, calla el viento:
 Pero todo se olvida de repente,
 Que entre las rocas rebramó el torrente:
 Audaz, loco, frenético, violento,
 Y cruza por la mágica pradera
 Cual por recuerdos puros el delito,
 Como pasa entre plácidos festines
 La escarnecida sombra del maldito.
 Quiebra el reflejo de la dulce luna,
 Como se borra, desfigura ó pierde
 En medio de la fiebre del delirio
 El recuerdo de próspera fortuna;
 Como el precito que recuerda el cielo,
 Cual la inquietud febril que presta el celo
 Recordar que es feliz la que perdimos,
 Tal pasas descarriado, obedeciendo
 El inflexible impulso del destino,
 Tal atraviesas la risueña escena;
 Ni el abismo tus pasos encadena,
 Nada hay que estorbe tu fatal camino.
 Vuela ¡oh torrente! cruje, esfuerza el vuelo,
 Ya no está el mundo en plácido desmayo,

Rueda la tempestad y muge el cielo,
 Ronco retumba entre la nube el rayo.
 Todo es digno de tí, brama y compite,
 Hasta los cielos tus espumas lanza,
 Cruje aterrada la mezquina tierra,
 Alza la voz rugiente,
 Saluda la borrasca omnipotente.
 Tú arrebatas los árboles gigantes;
 Tú hierves como inmensa catarata;
 Tú con hondo gemir repite el trueno;
 Tú encrésplate soberbio
 Si el relámpago lívido serpea
 Entre las negras olas de tu seno.
 Lucha la tempestad, gime el torrente,
 En las rocas se azota y se quebranta
 Y las rocas humilla y desencaja;
 Y la tormenta por los aires brama
 Los árboles robustos derribando,
 Y el rayo que los árboles desgaja,
 Con desprecio los lleva la corriente
 Y los arroja como humilde paja;
 El mundo desaparece en la tiniebla,
 Dueños son de la tierra los rivales,
 Clama la tempestad omnipotente,
 Y clama respondiéndole el torrente.
 ¡Salve, oh torrente, encantador, sublime!
 Vuela suelto cual libre pensamiento,
 Y no sepulte tu crugir violento
 El mar opuesto que en la playa gime.
 ¡Qué, con tu orgullo y con tu augusta pompa,
 Con tanta juventud y lozanía,
 Con tu vida arrogante y voz robusta,
 De tu muerte fatal llegará el día?
 Ahogado de la mar entre los brazos
 Bajarás á sus olas ignorado,
 Igual á mí y al árbol arrancado
 Que halló en tu seno su horrorosa tumba?

Agil, soberbio, prometiendo vida,
 También eres mortal; pasan tus olas
 Como de mi existencia los momentos,
 Átomos que se pierden en los vientos
 Con los placeres y el pesar perdidos;
 ¡Pasan, torrente, tus soberbias ondas
 Las hojas de los árboles llevando,

Y el tiempo, como tú, corre, arrastrando
Hombres y pueblos, chozas y naciones!!!

Y así como las gotas de la lluvia
Desparecieron en tu seno errante,
Del tiempo en el torrente
Se perdieron cien mil generaciones.

Vuela ¡oh torrente! vuela, que ni una ola
Se elevará en el mar, si en él espiras;
Vuela á buscar morada,
Y vuela como yo, vuela á la nada;
Y el que hoy es hombre, fétido esqueleto
Después será: do estuvo el pensamiento,
En la concavidad silvará el viento.
Sí, y ese viento que tus olas riza
Disipará la frívola ceniza
De tu humilde cantor. Grande torrente,
Vuela hora que tu paso nada enfrena,
Vuela orgulloso, y al desierto atruena:
Si hoy con el viento muges y al sol brillas,
Si hoy de los montes te responde el eco,
Tal vez llegará tiempo
Que la oveja que pasta en tus orillas
Deliciosas y bellas,
Llegue á estampar sobre tu seco lecho
Indiferente sus mezquinas huellas.....!!!!

EL CANTO DEL SALVAJE.

Queda rasgado cortesano traje,
Mortaja vil en tu recinto yerto;
Yo te saludo espléndido desierto
Como yo grande, y como yo salvaje,
Te saludo, mansión de mis mayores;
Libre resuene mi esforzado acento
Y cunda mi alabanza por el viento,
Bañada en el perfume de tus flores.

Cunda, sí, cunda, que el sublime fuego
Arde en mi ser y enalteció mi frente;
Desierto ilimitado y esplendente,
Cuna de mi niñez, á tí me entrego.
Amigo de mis horas de tristeza,
Templo de mis fervientes oraciones,
Prisma de mis risueñas ilusiones,
Te encuentro con tu pompa y tu grandeza.

Y se levanta mi alma, y mi lenguaje
Se despliega con mágica entereza,
Que yo heredé, desierto, tu grandeza,
Y tú eres el palacio del salvaje.
Salud, árbol rival de la tormenta,
Bendición y salud agreste roca,
Bendición y salud canta mi boca
Al pino y á la encina corpulenta.

Rocas, árbol, torrente, manso río,
Hermanos que idolatro con ternura,
Bendición y salud, paz y ventura,
Que ufano en contemplaros me extasío.

No moriré cual fruta trasplantada,
Cobró su vuelo el águila altanera,
Vuelve á su libertad la altiva fiera,
Rompió el dique la fuente aprisionada.
Sí, lo rompió, y el corazón de fuego
Desnudo ya de las pasiones ruines,
Ni se hiela en los frívolos festines,
Ni deja entre el bullicio su sosiego.

Dulce será mi sueño junto al roble,
Teniendo por dosel el firmamento,
Que yo bañé con llanto de tormento
El lecho muelle en que reposa el noble.

Me ocultaba mezquino cortinaje
¡Oh, Padre de la luz! tu faz suprema,
Brillabas ignorado, y tu diadema
No daba vida al rostro del salvaje.
Te vuelvo á ver hirviente catarata;
Vuelvo á gozar de tu áspero concierto,
Himno perenne en medio del desierto
Que la grandeza del Señor relata.

Yo recordaba tu profundo lecho,
Yo miraba tu faz aterradora
Cuando rauda te arrancas bramadora
Y saltas de las rocas con despecho.

Cuando tu voz la inmensidad pregona,
Y tu bramido hasta los cielos llega;
Cuando vistoso el iris se despliega
Y te ciñe su espléndida corona.
Cuando las gotas de agua desprendidas
De arco inmenso en lluvia de diamantes
Ruedan pintando al sol, puras, brillantes,
Como ilusiones bellas y perdidas.

Cuando la espuma que tu curso deja
Contrasta con tu horror y tu arrogancia,
Como en un alma impura de la infancia
Inefable el destello se refleja.
Salud y bendición, grande desierto;
De nubes esplendente cortinaje,
Que orláis este magnífico paisaje,
De flores y aguas y beldad cubierto.

Quiero que me arrebate y que me asombre
De la tormenta el férvido coraje,
La tempestad soberbia y el oleaje,
El cielo airado y orgulloso el hombre.
Brama feroz, que tú eres mi armonía,
Gime, el torrente con tu voz retumbe,
Que sabes que el salvaje no sucumbe,
Y es solemne al mirarte su alegría.

Ronco rodaba en la tiniebla el viento,
El relámpago cárdeno lucía;
Era aquella mirada de agonía
Que dirige á la tierra el firmamento.
Con estrépito rásganse en mil bocas
Las nubes que revientan con pavura,
Y remeda un gemido de amargura
El corazón de piedra de las rocas.

Destrózase crujiendo al derribarse
La encina reina á la que el rayo hiende,
Y lámpara fatal su tronco enciende,
Cadáver ya que aterra con mirarse.
Se cruzan y se chocan con ultraje
Corrientes mil que el piélago recibe;
Pero el desierto entonces canta y vive,
Y es sublime su cántico salvaje.
La tempestad se ahuyenta, la luz brota,
Vese la luna con fulgor brillando,
Y quédanse los árboles cimbrando,
Y ríela la luna en cada gota.
En mar de plata se convierte el llano,
Parece sollozar la mansa fuente
Y que despide con su voz doliente
A la tormenta del confin lejano.
Esta vida al salvaje da pasiones;
Ruge la tempestad y el rayo truena,
Ved su frente elevándose serena
Y pintando sus vivas conmociones.
Por eso te idolatro como al niño
Ingénua adora diligente madre,
Tú fuiste mi familia, tú mi padre,
Y yo siento que me amas con cariño.

Salud y bendición, desierto mío,

Que guardas el ramaje de mi cuna,
 Salud con tus tormentas y tu luna,
 Salud con tus paisajes y tu río,
 Paz y salud, mansión de mis mayores:
 Cuando á la muerte tu cantor sucumba,
 Será feliz si brotan en su tumba,
 Virgen desierto tus silvestres flores.

Julio 2 de 1842.

UNA DUBE.

I

En la mitad del cielo sus ráfagas derrama,
 Reverberando ardiente desde su trono el sol,
 Y el lago reproduce la abrasadora llama,
 Y lánguidos doblega sus pétalos la flor.

El aura replegando sus alas bienhechoras,
 Entre las hojas secas parece sollozar,
 Ni un eco, ni un celaje, ni de aves voladoras,
 Bandadas en los aires contéplanse cruzar.

Con tardo movimiento muriendo de fatiga,
 Divísanse rebaños y al perezoso buey;
 Y las aves le siguen porque es su sombra amiga,
 Mientras lame la yerba para apagar la sed.

Cual guardias apostados se miran los palmeros
 Sobre la loma agreste tranquilos descollar,
 Cual símbolos cristianos sombríos y severos
 Que marcan expresivos la tumba del mortal.

Los brazos descarnados del indolente espino
 Rastreros sobre el suelo se miran extender,
 Parecen desafiando la furia del destino,
 Durmiendo entre las rocas el sueño del no ser.

Un leve polvo de oro poblando está el vacío
 Que sube de los valles hasta el sereno azul,
 Y ven los ojos llamas en medio á un campo umbrío,
 Si los párpados cierran heridos por la luz.

Del lago al lado opuesto se miran mil jardines,
 Y de árboles las copas al viento estremecer: